

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

El campanario

Marco Payo



Digitalizado por Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

El campanario

El fin de semana pasado estuve en el pueblo de mi esposa, Los Yébenes, corazón de los Montes de Toledo. Eran vísperas de la Patraña, la Virgen de Finibusterre, rondeñas, seguidillas y fandangos manchegos. No hay sitio en el mundo donde el venado, el jabalí estofado o la cecina sean mejores. Unas migas, que un servidor prepara en condiciones, o unas gachitas de harina de almortas.

La tarde terminó curiosa. Me encontré con un amigo, pescador habitual en Extremadura y -como muchos- tardío mosquero. Andorreamos tomando unos cubatas. Me contó que estuvo pescando con barca en un embalse de León para probar, por primera vez, el sedal pesado y los estrimer en las aguas paradas. Por lo visto se le hizo tarde y las sierras circundantes propiciaban que oscureciese deprisa. Los otros dos pescadores que tenía avistados se habían marchado ya. Situación muy común, pero en su caso y debido -según él- a esa edad en cuyo tránsito sientes por primera vez una punzada de inseguridad ante la soledad extrema de un embalse sin gente, se sintió incomodo y le apretaron las ganas de tener todo en el coche y salir tirando. El pantano, que supongo que todo pescador de la zona conoce, tiene una cerrada cerca de la presa de un diámetro realmente grande, así que se dispuso a cruzarla con su barquita neumática y su motorcito. Por cierto, fuimos a Madrid a comprar una para cada uno hace tres años. El no conoce apenas ese embalse, ya que

cayó por allí con ocasión de un viaje de turismo rural con su mujer y sus hijas, con posada cerca de Boñar. El caso es que prácticamente en mitad del pantano asomaba la punta de una roca, postura ideal para el último lance. Se acercó despacito, no fuera a joder la hélice y cuando estaba a tiro mandó la mosca a una distancia de quince metros. Ni cebada, ni remolino. Recogió sumergiéndose la imitación y, al instante, un tironazo le sacó los ventitantos metros de línea y unos diez de la reserva, todo en vertical, y rompió el bajo. Se quedó helado. Supuse -erróneamente- que por eso estaba mi amigo, Alberto se llama, apretándose su tercer cubata. Tras dos o tres nuevos lances, ni flores. Arrimó la barca hasta la dichosa piedra y resultó ser la aguja de una torre sumergida. "Pues aquí tenía que estar ese pedazo de bicho". La torre era de una iglesia, porque a pesar de la poca luz, se adivinaba a varios metros de profundidad las aristas de una tosca techumbre y, más cerca de la superficie, a una distancia que casi podía tocarlas, vio con toda claridad un par de buenas campanas. Cosa curiosa, porque, que yo sepa, las campanas las quitan de las iglesias de los despoblados. Alberto lo sabe perfectamente. Conocemos por nuestra tierra varios de estos despoblados por las pestes de hace unos siglos. Abandonaban los pueblos dejando a los infectados allí confinados, muchas veces miembros de sus propias familias. Tiempos terribles. La torre sumergida estaba abandonada por

otra causa, pero todo desarraigo violento siempre es malo. Es normal pensar, ante semejantes espectáculos, como hizo mi amigo Alberto, que allí ha habido gente hablando el domingo por la mañana, escuchando misa y confesando. Mi amigo no es especialmente miedoso, pero prefirió arrancar y marchar ligerito para el coche. Lo hizo, pero no había avanzado cuatro metros cuando la barca frenó en seco y la quilla giró violentamente ciento ochenta grados. No se fue al agua de milagro. Se le había enganchado el cable de fondeo. Sin darse cuenta, y por cierto desorden, la bobina se cayó al agua y se había anclado. Un cable estupendo, de acero articulado. Por Dios, casi me mato. El cable bajaba en vertical, paralelo a la torre a una distancia de cincuenta centímetros de la misma. Dio varios tirones pero aquello no se desprendía. Bueno, calma. Se desplazó con los remos unos metros a cada lado, aprovechando el poco margen que la situación le dejaba, pero sin resultado. El caso es que el cable estaba tenso, como si de él estuviera suspendido un enorme peso, hasta el punto de que la proa de la barca que sufría esa tensión, se hundía varios dedos más de lo normal. Calma de nuevo. Se hacía de noche y había que tomar decisiones. Esto no hay dios que lo corte. Pues lo desato del anclaje. Sí, cojones. Es una presilla con dos tuercas. Ni linterna ni llave. Mi amigo revivía el momento, conforme me lo contaba, con gestos que llamaban la atención de los paisanos de la barra. Yo le deje hacer, como quien deja a un sonámbulo en trance. Se rompió el sereno con una marea caliente que empujó a la hinchable tensando aun más. La noche comenzaba; apenas si ya

distinguía -a lo lejos-el bulto del todoterreno en la orilla, que se confundía con las junqueras y los chaparros. ¿Cuántos metros de profundidad tiene este puto embalse?. Y el salvavidas, joder, me voy a poner el salvavidas. Entonces le subió un borbotón de sangre de los pies a la cabeza, dejándole a su paso la espalda empapada de sudor frío: algo había tirado violentamente del cable. Tanteó el nivel del agua desde la proa, donde estaba el anclaje. Dios, pero si está a menos de una cuarta. Es el aire, joder. El aire. Y el cable, tenso, se incrustaba en la borda de goma con verdadera terquedad. Bueno, vale ya de hostias. Agarró con fuerza la cadenilla y venga, un esfuerzo, otro y otro. La proa cedió y entró algo de agua mojándole la rodilla, con tal mala suerte que la mano izquierda resbaló y se introdujo entre el cable y la barca. Dio un grito. También en el bar; hice un gesto para que le dejaran tranquilo. Intentaba ahuecar tirando con la otra mano. Escuchó su propio grito devuelto desde las rocas del monte. Empezaba a deslizar la mano atrapada cuando otro un tirón, un tirón brutal, le desgarró la palma y le reventó la yema del índice. Inmediatamente después cedió levemente y pudo liberarse. Por partes, serenidad. Una venda, rápido. La mano le tiritaba y el dedo sangraba con fuerza. Se quitó el salvavidas para llegar hasta la camiseta, con la que se hizo un guante tapando toda la mano. Un nuevo tirón hundió por completo la quilla y abrió una entrada de agua. Alberto se lanzó hacia la popa. Dios, el salvavidas. Otro tirón. Lo tuvo claro. La barca se iba al fondo y él con la barca. Al agua. Mierda. Pensó en sus hijas, en su mujer, en sus

padres. Oía el chapoteo siniestro de las olas que rutilaban entre sombras, dibujando extrañas siluetas. Aferrado al motor pensó que el pantano, su fondo oscuro, el maldito cable, todo cuanto le rodeaba no era sino una inmensa y única voluntad. Se serenaron los músculos de su cara, cerró los ojos, inclinó la frente y le brotaron unas lágrimas. Otro tirón. Notó -inerte- que el suelo se inundaba y se le empapaban las piernas. Sus hijas le sonreían y le llamaban, su mujer le acariciaba... ese perfume, la luz del salón el domingo por la mañana... . Días de sol en la niñez, con su padre en el río. No pasa nada... duerme; alguien te arropa... " Padre nuestro... que estás en los cielos..." Pasaron los

minutos. El pinar de la sierra anunció un cambio de viento, los últimos reflejos del día anunciaban una noche hermosa. Alberto sintió un alegre balanceo. Con el aturdimiento de quien despierta miró a su alrededor. Distinguió a más de treinta metros la aguja de la iglesia. No se movió. No hizo un gesto. Dejó que la brisa le llevase.

- Y...
- No sé. Pero no deberían dejar por ahí iglesias sin culto. Se llenan de okupas.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2010